

**VER:**

Es bastante común hacerse, de vez en cuando, o en diferentes etapas de la vida, o en ocasiones especiales, un “retrato de familia”. Nos reunimos, nos acicalamos, nos ponemos ordenados para que todos salgan bien, algunas veces añadimos alguna decoración, o algún detalle gracioso o que dé realce a la fotografía, sonreímos y... quedamos ya retratados para la posteridad. Ese retrato de familia lo ponemos en el álbum, o lo enmarcamos y colocamos en un lugar de la casa donde podamos y puedan verlo... Pero ese retrato de familia es precisamente eso, una imagen, pero no recoge lo que es el día a día de esa familia, sus sentimientos, sus relaciones... y en algunos casos no se ajusta a la realidad total de esa familia.

**JUZGAR:**

Hoy estamos celebrando la fiesta de la Sagrada Familia: Jesús, María y José. Y de esta Familia Sagrada nos han llegado, a lo largo de la historia, múltiples “retratos”. Y presentan una imagen idílica: María ocupada en lo que antes se denominaba “sus labores”, José haciendo alguna obra de carpintería, Jesús contemplándolo o jugando en un rincón... todo ello en una estancia impecable, todos con ropa limpiísima, cabellos en orden, rostros sonrosados y sonrientes... Un “retrato” muy piadoso pero que no recoge lo que sería un día normal de la Familia.

Pero el Evangelio que hoy hemos escuchado viene a desmontar la imagen “idílica” de la Sagrada Familia tal como nos la pintan en estampitas y cuadros piadosos, para ofrecernos un “retrato” más fiel y creíble de la Sagrada Familia, y por ello, más cercano también a nosotros y a nuestra vida familiar. Porque el Evangelio de hoy nos muestra a una Familia “normal”, del montón, como tantas familias de trabajadores humildes que viven con normalidad su trabajo, que junto con amigos y vecinos participan y se alegran con las fiestas...

También nos muestra a Jesús en su doble naturaleza, divina y humana: como verdadero Dios llama la atención esa conciencia de Jesús-adolescente acerca de quién es su Padre; y le “tira” tanto su Padre que todo lo demás pasa a un segundo plano, incluyendo a sus padres terrenales. Y como verdadero hombre, su comportamiento es como el de un adolescente normal, que actúa impulsivamente sin pensar en las consecuencias de sus actos, sin pensar en cómo se lo tomarán sus padres, les hace una mala pasada, y además, cuando le pillan, les sale respondón: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?* Como diría cualquier adolescente: “Si para mí estaba clarísimo, y lo teníais que saber, ¿a santo de qué tanto alboroto?”

En este Evangelio también podemos ver que José y María, a pesar de la fuerte experiencia de fe que han tenido, tanto por separado (María en la anunciación, José al conocer el embarazo de María) como juntos (nacimiento de Jesús, adoración de los pastores y Magos, huida a Egipto...), algunas “cosas de Dios” se les siguen escapando, y cuando les viene un problemón su primera reacción es la de cualquier matrimonio: sufren angustia, preocupación, miedo... y no entienden a su hijo.

Y por último, también vemos que la vida de la Sagrada Familia sigue adelante. El Misterio de Dios no les apabulla ni les facilita la vida: José tiene que seguir trabajando duro, María *conservaba todo esto en su corazón*, pero tiene que seguir como ama de casa, y Jesús *siguió bajo su autoridad y creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres*.

**ACTUAR:**

Hoy es un día para que nos hagamos un “retrato de familia”, pero real; un “retrato de familia cristiana”. Que contemplemos a la Sagrada Familia tal como nos la presenta la Palabra de Dios, y veamos que su verdadera grandeza radica en haber acogido a Dios en la normalidad de su rutina diaria, sin “posados, maquillajes ni adornos”, sino haciendo propio y siguiendo el plan de salvación de Dios aun en medio de problemas, dificultades, preguntas y falta de entendimiento.

Y que contrastemos a la Sagrada Familia con nuestra realidad familiar, para descubrir qué podemos hacer para que nuestras familias sean “comunidades de vida y amor” y que, dentro de nuestras limitaciones, también hagamos propio el plan de Dios y lo anunciemos con nuestra vida diaria.